

El responsable de la imprenta
El Sr. J. A. M. de la Haza

Servicio de la prensa española.

Redac.^{ón} y Administración:
N.º 19 rue Maubeuge
Paris.

Año V. - N.º 657.

Paris 28 de Febrero de 1889.

La situación.

Como sabemos en una de nuestras anteriores correspondencias, un movimiento inusitado se está produciendo en los diversos grupos de la Cámara con tendencias a innovar de una manera radicalísima toda la organización que sirve de base al sistema electoral vigente. Ahora no se habla de otra cosa entre los diputados republicanos, y en la prensa, que de la proposición que piensa presentar M. Clemenceau, jefe de la izquierda radical, encaminada a evitar la reelección de los Diputados que componen la Cámara actual. — La primera idea de este atrevido proyecto concibióla y diole a conocer al público, a guisa de ballon d'essai, el periódico Le XIX siècle. En el primer momento pocos fueron los que tomaron la cosa en serio y muchos los que ni siquiera se ocuparon de que semejante proposición había sido lanzada; pero esto no podía durar mucho. En un centro como Paris donde todo, desde lo más trascendental a lo más ínfimo y baladí, pasa por el crisol de la discusión razonada y de la ardiente polémica, era poco probable que un pensamiento que en sí entraña tanto alcance político dejara de pasar por donde pasan aquí todos los proyectos, por atrevidos, anormales y hasta absurdos que fueran. Así es como la idea de la no reelección, que al principio se tocó como un simple exabrupto del periódico que la prohibía, se ha ido abriendo poco a poco camino hasta que ha venido el momento a propósito de hacerla suya uno de los más importantes miembros de la Cámara. — ¿Presentará M. Clemenceau la proposición? Sus amigos más íntimos aseguran formalmente que sí; nosotros, algo incrédulos en materia de desinterés y de abnegación, nos contentamos con anunciarlo y ponerlo en duda.

El pensamiento, sin embargo, no es nuevo. Esta misma teoría de la no reelección fue adoptada ya por la ilustrada Asamblea Constituyente de la gran Revolución en la sesión de 16 de mayo de 1791. Su autor fue el célebre Maximiliano Robespierre, y no hay más que leer el admirable discurso que pronunció en aquella ocasión, para hacerse cargo de las razones que militan quísi en favor de aquella idea, que tan poco se avenía luego con el desenfrenado egoísmo de nuestros hombres y de nuestros tiempos. — Robespierre, que era en la Constituyente un independiente, un aislado casi, dirigiese en su discurso — uno de los más correctos y razonados que pronunció en su agitada vida política — a los parlamentarios más moderados, más prudentes y más dignos de admiración que haya conocido la Francia desde la inauguración de su sistema parlamentario. Ninguna influencia personal aportaba un apoyo de análisis; pero sus argumentos parecían de tanta fuerza y tan decisivos, sus razonamientos tan elocuentes y tan claros, que el célebre revolucionario consiguió arrastrar tras sí a la casi unanimidad de los Diputados Constituyentes. Hubo entonces un singular y grandioso espectáculo: un diputado afirmó, entre los aplausos entusiastas de sus colegas, que los legisladores no debían perpetuarse en el ejercicio de sus funciones, recurriendo — sin levantar la más pequeña protesta de una Asamblea donde los hombres eminentes eran la mayoría y los medianos la excepción — que el interés del país exigía una saludable renovación del personal y, por consiguiente, que era necesario hacer sitio a nuevos diputados.

"No es el Desinterés — exclamaba Robespierre — la primavera de las virtudes. El Honor — añadía — al recurrir a una reelección inmediata, no hacemos más que conformarnos a la tradición de los que, en el pasado, amaron verdaderamente la libertad y el pueblo."

Pues, precisamente porque se trata de un proyecto cuya base fundamental es el Desinterés, nosotros no permitiremos poner en duda que la proposición del diputado Mr. Clemenceau llegue siquiera a ser presentada. La idea es de suyo demasiado buena para que la Cámara actual la quiera tomar en serio. Quizá Mr. Clemenceau encontrará medio de sacar a diputados que le sigan en su noble empresa, pero el proyecto morirá en secreto y será enterrado.

... la bulumbanda de proposiciones puramente platónicas
o relegadas al olvido que yacen revueltas por la mesa
de la presidencia, aun antes de que nadie se tome la mo-
lestia de solicitar para el los honores de la discusion.

Es inútil decir que la prensa afecta al general
Boulangier se revuelve indignada contra la proposicion
de Mr. Clemenceau. Todos los periodicos de dicha comunion
afectan orcar al unisono que el proyecto citado no es tra-
da que una maniobra antiboulangista, mal disimulada,
que se resume asi segun L'Intransigeant: "Nosotros
estamos condenados a no volver más al Palacio Bor-
bon (Cámara de Diputados); pero puesto que nosotros no
podemos volver, que los jefes del Partido nacional (léase
boulangista) no vuelvan tampoco."

En realidad cabe preguntar, sin que con esto pre-
tendamos ni por asomo, dar la razon a esta interpreta-
cion maliciosa de los boulangistas: el proyecto de inequi-
bilidad a que nos referimos, es hijo de un movimiento
espontáneo de abnegacion y desinterés por parte de
sus autores, o bien es simplemente un rasgo de egoismo
y de despecho anticipado, ante la posibilidad de una
derrota general en las próximas elecciones? Resuélvalo
quien sepa y pueda.

El triunfo de Darvell. — Es el tema más interesante de la con-
versacion del dia. — En nuestra correspondencia de ayer re-
latamos en breve rasgos los notorios incidentes que acababan
de producirse en el célebre proceso sobre las acusaciones
dirigidas por el Times contra el jefe del partido autonó-
mita de Irlanda y sus amigos; acusaciones que han
llamado de confusion al antiguo periódico de la Cité y
al mismo gobierno, complicados ademas de la más odiosa
de las maquinaciones políticas.

Un nuevo hecho acaba de demostrar aun con más
fuerza con cuanta torpeza y con cuanta mala fe, sobre todo,
ha obrado en todo este asunto el célebre periódico.

En efecto, en el curso de la Audiencia de ayer, sir Richard
Webster comunicó al tribunal una carta de Pigott, el conocido
falsario, confirmando desde Paris — donde al parecer se encuen-
tra — que las correspondencias atribuidas a Darvell y a sus ami-
gos eran apócrifas. Despues de esto, sir Richard Webster decla-
ró de una manera varonil que daba por retirada del

